

# Providencia

Ana Silvia Perea

El aroma dulce de flores y árboles de manzana me arropó como un bebé bien fajado. Las nubes parecían no existir y el cielo estaba de un azul claro que jamás había visto. Luego de cansadas horas de viaje para cruzar al estado de Durango, el camino de tierra nos llevó hacia una casita blanca escondida detrás de unos árboles. Mi abue suspiró: “ya llegamos”. Vi el alumbramiento en sus ojos inundados de memorias.

Yo tenía doce años cuando acompañé a mi viejita y a unos cuantos familiares más al rancho de Providencia por primera vez. Era un lugar, que hasta entonces sólo había existido en historias para mí; ahora cruzaba la línea entre fantasía y realidad. Mi abuela comenzó a bajar las canastas llenas de comida, jabones, ropa y otras cuantas cosas para las próximas semanas.

Al entrar por la puerta principal se veía el piso guindo, seco y mugroso. Me guiaron en un recorrido de la casa. “¡Miren, aquí sí hay una!” exclamó mi abue; me dirigí inmediatamente hacia la cocina donde ya estaba recogiendo una rata muerta. Rápidamente me explicó que al dejar el rancho cada temporada, dejaban platos con harina, ya que ésta hace que los estómagos de las ratas se esponjen y en torno mueren. ¡Nunca había visto algo así; estaba gordísima, gris y tenía una cola que media más de seis pulgadas! Un animal que hasta entonces sólo había existido en las mismas historias del rancho. Observé como recorría los pasillos Doña Velia, pausando en cada cuarto, como si disfrutara recuerdos retrospectivos: “aquí, en este cuarto nació tu mamá”, me dijo de repente. Fue un sentimiento raro el saber que hacía tantos años mi madre había estado parada en el mismo lugar en donde ahora me encontraba yo. Y en ese cuarto terminó el recorrido.

Por las mañanas en aquel rancho, me despertaba al sonido de agua corriendo. Saliendo, veía como mi abue agachada sobre el tambo azul observaba el agua que lo llenaba. Este placer duraba poco tiempo cada mañana, y ya recolectada nuestra agua del día, mi abuelita cuidadosamente la repartía; una cubeta para tomar, una para cocinar y una para limpiar. Parada allí, pregunté cada cuándo nos llegaría agua y en qué cantidad. Mi abue me aseguró que cada mañana saldría de esa misma llave, aunque fuera tan sólo para tomar. “Esta es mucha agua, antes tu mamá y yo caminábamos horas para llenar sólo unas cubetitas de agua”. La línea separándome de las historias, se nublaba aun más mientras me integraba a la vida de la que contaban.

En el rancho no había televisión, pero radio sí. Los días calurosos se acompañan de melodías de Pedro Infante. Escucho atentamente como mi abue canta calladamente mientras teje cuidadosamente, pausa y dice: “ay miya, estas canciones como me traen recuerdos”. No entra en detalles, pero el brillo en sus ojos se ve claramente. La vida en el rancho es sencilla y el día rinde, y mi abue me había demostrado cómo esto era cierto. Viéndola calmada y feliz, se alegraba mi alma.

La verdad es que de las veces que he convivido con mi abuelita, la experiencia en el rancho fue una de las mejores. Velia es como el rancho, solitaria, serena y bella. Su expresión es diferente cuando está en Providencia y la imagen en su rostro al llegar cada año, es una en un millón. Ahora puedo situarme dentro de las historias que me cuentan, y éstas ya no se sienten tan lejanas; me siento más cerca a mi viejita linda.